

Juan José Morosoli



Cipriano

textos.info
biblioteca digital abierta

Cipriano

Juan José Morosoli

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8586

Título: Cipriano

Autor: Juan José Morosoli

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 10 de junio de 2025

Fecha de modificación: 10 de junio de 2025

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Cipriano

Según algunos, Cipriano era "lo más parecido a un chanco". Según otros, era "un chanco parao de manos". Lo que se puede decir, es que si Cipriano caminara en cuatro patas arrastraría la barriga.

Él ha tenido siempre dos preocupaciones: la comida y los cerdos.

Come hasta quedar dormido, la cabeza apoyada sobre los brazos en equis, en la misma mesa donde comió. Cuando se recobra, es para empezar a racionar los cerdos o andar vigilando las cerdas, ojeando las pariciones, para separar la lechonada de las madres, pues ya sabe que las cerdas —tengan o no tengan hambre— se comen los hijos.

Si usted lo quiere ver feliz, háblele de cerdos o de lechones.

—¡Salga paya —dice — un lechoncito mamón asao...

Una voluptuosidad repugnante le recorre el cuerpo.

Y continúa:

—La mitad del animalito se va en grasa... ¡Lo que queda, usted se lo come y todo el cuerpo le da las gracias!...

Siempre le gustó criar cerdos. Cuando tenía la chacra solía tener cinco o seis en engorde. Además una cerda en cría. Decía que "cuando se inventó la chacra se inventó el chanco. Siempre hay alimento para los chancos en una chacra. Boniatos, zapallos pasmados, sandías que se pasan o no maduran. Y hasta gallinas que se mueren.

Un día abandonó la chacra. Era trabajo rudo y se ganaba poco. Fue entonces que se dedicó a criar y a comprar cerdos. Se hizo acopiador, según decía. Acopiador de cerdos y de desperdicios. Levantaba en las chacras los frutos perdidos. Hasta que se le ocurrió mandar al pueblo cercano sus dos grandes pipas, a levantar "las sobras" en los hoteles y las

casas ricas.

Esto lo consideró siempre una idea genial. No se acordaba cómo se le había ocurrido, pero debió ser en un momento de éstos, en que uno no parece uno.

—¡Qué alimento bárbaro!... ¿Cómo no vas a engordar fácil? ¡Con eso, capaz que engordás un palo...!

Cipriano sonreía vanidoso:

—¡Cuando gasté los setenta pesos en las pipas decían que era loco! ¡Y ahora el loco se está llenando e'plata!

No hay cosa más linda que ir contra la opinión general y terminar por tener la admiración general. Esto le pasa a Cipriano según él cree.

* * *

Al poco tiempo tuvo otro momento feliz. En los mataderos tiraban la sangre, las panzas y alguna otra achura de los animales que faenaban.

Cipriano "fue, habló con la Junta" y obtuvo permiso para levantar esos desperdicios.

—¿Qué les parece el loco?... —pregunta—. Después andan, por ahí, diciendo que tengo comprada la suerte y que esto y que l'otro...

Y terminaba:

—Yo a la suerte le llamo cabeza...

* * *

El negocio marchaba cada vez mejor. Ni siquiera tenía que molestarse como antes, saliendo a buscar negocios. Se los traían a su propia casa.

—Saben que dejan los chanchos y levantan plata. Aquí es puro "tome". A "venga luego", Cipriano no lo conoce ni de vista...

Era feliz, recorriendo el amplio terreno sin vegetación, todo hozado y lustroso de grasa, los revolcaderos llenos de polvo oleoso, cómodos como camas...

Con su bota corta y su bombacha por debajo del ombligo, caminaba de un extremo a otro del terreno. Feliz.

—¡Como un doctor recorriendo un escritorio e'libros!...

* * *

En verano el sol hacía arder el páramo lustroso. En las solanas quinchadas, dormían decenas de cerdos. La tierra parecía roncar. Un sordo rumor —como el de una olla gigantesca tapada, repleta y a punto de reventar—, era como una soñera que se esparcía por el campo.

Como los cerdos de las solanas, dormidos y repletos, roncaba Cipriano. Su total felicidad orgánica le tenía por horas, bajo la quincha, que la resolana hacía vibrar de luz.

* * *

Nuevos negocios le obligaron a comprar un automóvil. Tenía que ir a los palmares y a las tierras anegadizas del Cebollatí a comprar cerdos semi-salvajes, butiaceros o de monte, que venían erizados como jabalíes y eran finos y nerviosos como galgos. De ojos que veían a la distancia y oídos que percibían los más lejanos rumores.

—La grasa termina con los nervios —reía Cipriano, cuando alguien ponía en duda que pudieran engordar—. Deles de comer hasta que se echen... Al poco tiempo miran pa abajo como todos... No oyen ni ven... ¡El cerdo es como el cristiano!...

* * *

El automóvil le trajo antojos. Los sábados iba al pueblo. Descubrió que le gustaba "el biógrafo"... Y que a la salida era lindo andar por ahí... Tomar alguna cerveza y dejarse hacer algún mimo por las mujeres.

—Amigo, la plata es linda por lo que da... Fíjese de gusto: donde yo estoy tengo atención...

A la vuelta, feliz del todo —con un día redondo vivido a gusto, donde había hecho todo, absolutamente todo lo que deseó hacer, pensaba con asombro en su inteligencia.

Tenía razón Álzvez: hombres como él no entraban más de diez en la docena... Sin trabajar, alimentando chanchos, se estaba llenando de oro...

Se acostaba. Como la gordura le tenía los ojos medio cerrados, poco le costaba cerrarlos del todo.

* * *

Aquella maestra particular que había en lo de Rodríguez, fue la que le turbó las noches por primera vez. Aquel día volvió a la casa desasosegado. Con el perfume de la mujer en todo el cuerpo. Y con los ojos de la mujer abriéndole los suyos, cuando estaba acostado. Era una mujer madura, amiga de libros, tal vez con muchas carreras perdidas y ganadas...

En pleno insomnio se asombraba Cipriano:

—Tiene que ser una mujer bárbara pa enloquecerme a mí.

De veras. Porque él para ser feliz nunca precisó mujeres.

* * *

La mujer le quitó de golpe, toda la paz que había en el peladar grasiento que recorría por la mañana y las siestas felices, cuando la solana hervía con los ronquidos de la piara cebada, después que él comía cualquier cantidad de lo que se le antojara.

* * *

Él madrugó y dejó a la señora durmiendo en la gran cama llena de cortinas. La mujer era amiga de gasas y colgaduras.

—No se duerme casi hasta el día —la disculpaba Cipriano—. Agarra el sueño cuando yo lo suelto...

Como quien dice nunca estaban los dos despiertos en la cama. Además él era loco por la siesta y ella a esa hora "se le prendía a los libros".

* * *

Cuando Cipriano salió a la portera se le acercó Veiga.

—Se me descaderó una vaca... Se la vendo barata —le propuso.

Cerraron el negocio. Ayudado por el hombre, Cipriano cargó en una rastra el animal recién "despenado".

Los cerdos butiaceros recién encerrados, llamados por la sangre del animal aún caliente, embestían la cerca entre gruñidos y mordiscos.

Cipriano, con un hacha de mango largo, hachaba la res como si fuera un árbol.

Tras los vidrios, la mujer miraba la tarea.

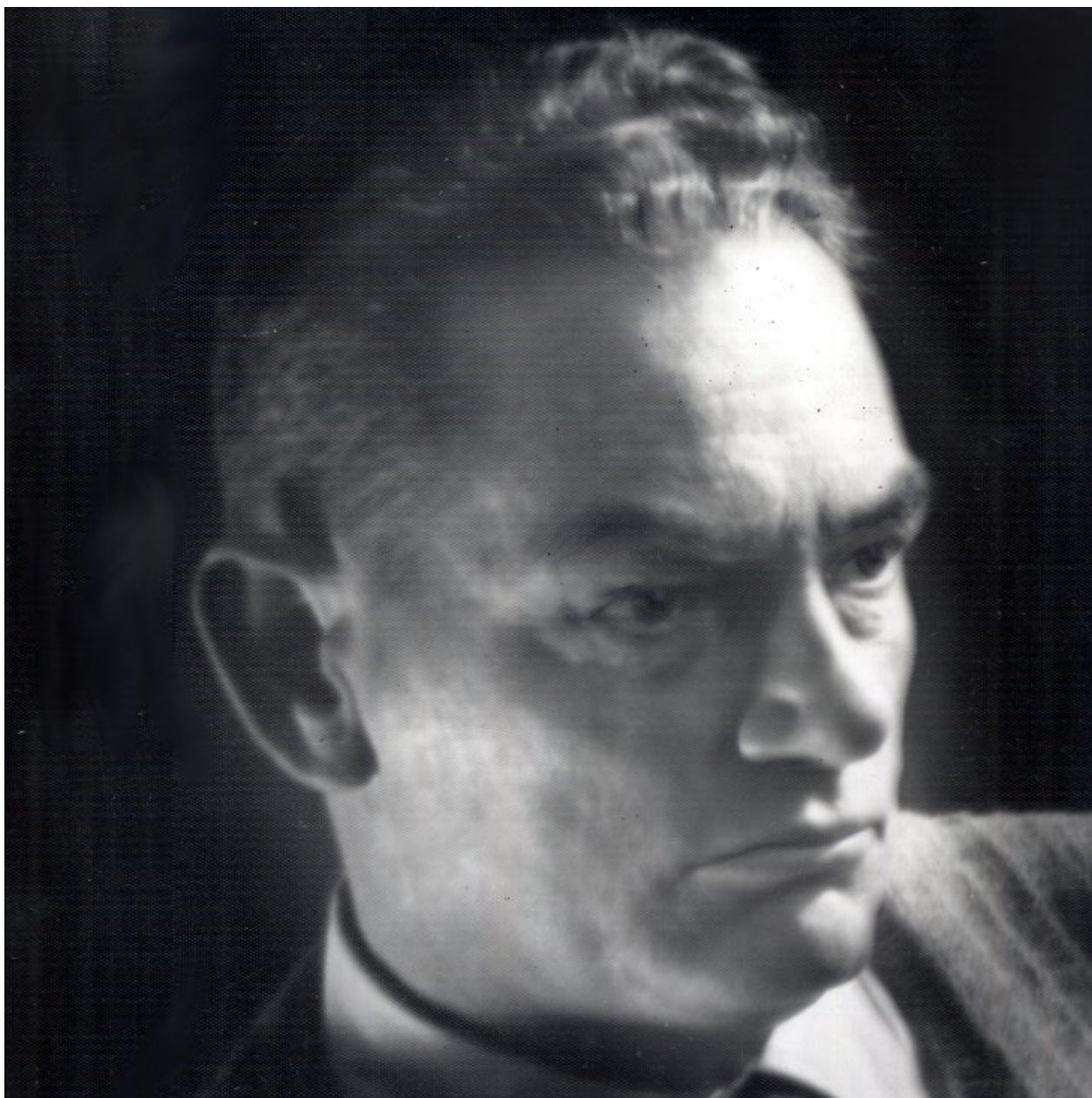
Cipriano, la camisa ensangrentada y las manos rojas de sangre, iba tirando los trozos de carne tras la cerca.

* * *

Cuando terminó, la mujer no estaba en la casa.

Desde aquel día, Cipriano ya no fue más el hombre de antes.

Juan José Morosoli



Juan José Morosoli (Minas, 19 de enero de 1899 - Minas, 29 de diciembre de 1957) fue un escritor uruguayo referente de la narrativa de la primera mitad del siglo XX, perteneciente a la generación del Centenario.

Su obra de corte criollista está centrada en el hombre de campo y su ambiente rural o de pueblo chico. La soledad, la muerte, los personajes simples y humildes, los oficios en extinción, la transición entre el gaucho y el campesino, establecido muchas veces en condiciones miserables,

forman parte de sus relatos breves enmarcados en la literatura posgauchesca de su país.

En colaboración con Julio Casas Araújo escribió tres piezas teatrales entre 1923 y 1926: Poblana, La mala semilla y El vaso de sombras. Fueron estrenadas en Minas y Montevideo.⁴ Poblana, cuyo texto se extravió, fue estrenada en diciembre de 1923 en el teatro Escudero de Minas, por la compañía de Carlos Brussa y con la dirección de Ángel Curotto. En 1925 la misma compañía estrenó La mala semilla. En 1926, con Curotto como director, la compañía de Rosita Arrieta estrenó El vaso de las sombras en el teatro Lavalleja de Minas.

En 1932 publicó en Minas el volumen de cuentos Hombres, reeditado en 1942 con modificaciones (tres cuentos suprimidos y cinco agregados) y prólogo de Francisco Espínola. Colaboró en 1933 con la Revista Multicolor de los Sábados (dirigida por Borges y Ulyses Petit de Murat) del diario argentino Crítica y a partir de 1934 con cuentos y artículos en el suplemento dominical de El Día de Montevideo. Desde 1940 lo hizo en el semanario Marcha, desde 1944 en la Revista Nacional y desde 1948 en Mundo Uruguayo.

En 1936 publicó "Los albañiles de Los Tapes". Le siguieron "Hombres y mujeres" (1944), "Perico" (1947, cuentos para niños, uno de sus trabajos más populares), "Muchachos" (1950, su única novela) y "Vivientes" (1953).

Estos títulos le otorgan el favor del público y de la crítica, entre los que se cuentan los responsables de la revista Asir que pasan a considerarlo uno de sus maestros. Fue uno de los más importantes cultores del cuento corto en Uruguay en los que rescata las vivencias de los personajes anónimos de pueblos del interior y de zonas rurales de su país.